

RENATO GARIN GONZÁLEZ



LOS

REEMPLAZANTES

MEMORIA HISTÓRICA
DE LA GENERACIÓN
MILENIAL

★
LOS
REEMPLAZANTES

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial

© 2025, Renato Garin González
Derechos exclusivos de edición
© 2025, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile.

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: junio de 2025

RPI: 2025-A-2741
ISBN: 978-956-408-783-2

Impreso en:

RENATO GARIN GONZÁLEZ

★
LOS
REEMPLAZANTES

MEMORIA HISTÓRICA DE LA
GENERACIÓN MILENIAL

Gabriel Ignacio Christoforou Uribe
(1985-2004)
In memoriam

ÍNDICE

Introducción	13
Primera parte: El mundo de ayer	
Capítulo uno: Primero medio	21
Capítulo dos: El año del Mochilazo	44
Capítulo tres: La PSU	64
Segunda parte: El señor de las moscas	
Capítulo cuatro: Estación Baquedano	84
Capítulo cinco: Al ritmo de los pingüinos	107
Capítulo seis: Los cuarenta días de Gabriel	130
Tercera parte: El ruido y la furia	
Capítulo siete: El escritor fantasma	162
Capítulo ocho: Las mil marchas	184
Capítulo nueve: Arreando a los liberales	208
Cuarta parte: Atrapado sin salida	
Capítulo diez: El MAPU con iPhone	236
Capítulo once: La forja de las ilusiones	262
Capítulo doce: Entre caníbales	285
Coda: Un plan de escape	316
Bibliografía	344

INTRODUCCIÓN

Entre el 2000 y el 2020, una generación atravesó el umbral del protagonismo social, cultural y político. Aquellos nacidos entre los ochenta y mediados de los noventa, etiquetados como millenials, rompimos con las dinámicas heredadas¹. Crecimos guiados por la tecnología y la televisión, impulsados por un mundo en crisis. Fuimos la generación que desestabilizó las certezas. Fuimos los primeros en desarrollarnos en el ecosistema digital, donde el malestar se convirtió en la atmósfera de nuestro crecimiento. En paralelo, vimos el auge de Internet, la irrupción de las redes, el turismo masivo y los *smartphones*, que conectaron las frustraciones individuales. Esta generación no solo vivió el cambio: lo documentó, lo discutió y lo compartió en tiempo real. Y ahí surge la necesidad de una revisión histórica construida desde el ahora.

El presente libro es un intento de capturar, a través de una voz en primera persona, el tránsito del margen hacia el centro, desde los patios y foros de Internet hasta los escaños del Congreso. Un intento por analizar la manera en que los reemplazantes llegamos a ocupar un espacio que no estaba preparado para nosotros. No es un ensayo académico ni un compendio exhaustivo de eventos, sino un relato personal que intenta capturar la esencia de una época desde la experiencia individual. Una narración de cómo esos sujetos intentamos tomar la batuta sin tener un manual de instrucciones. Porque reemplazar no es simplemente ocupar un espacio, es redefinir lo que significa estar en ese lugar. Los reemplazantes no solo ocupamos escaños o micrófonos: cargamos con una forma de ver el mundo, inculcada por la cultura de nuestra propia época. Las promesas de transparencia, horizontalidad y participación chocaron con las realidades de un sistema que exige transacciones, acuerdos y silencios. *Los reemplazantes* es un reflejo de esas tensiones, de las fallas y los aprendizajes que marcaron el camino².

La construcción de una memoria histórica no se limita a un mero registro de hechos pasados, sino que implica un ejercicio reflexivo que

1. Véase PETERSEN, A. *No puedo. Cómo los millenials se convirtieron en la generación quemada*. Capitán Swing, 2021.

2. Ha sido importante la lectura de HARRIS, M., *Kids These Days. Human Capital and the Making of Millennials*. Little, Brown and Company, 2017. ELER, A., *The Selfie Generation: Exploring Our Notions of Privacy, Sex, Consent, and Culture*. Skyhorse, 2019. PEÑA, C. *Hijos sin padre*. Taurus, 2023.

busca interpretar, ordenar y otorgar significado a los eventos que han marcado el devenir de mi generación. En este sentido, la memoria histórica no es estática ni absoluta. Es un constructo dinámico, constantemente moldeado por las perspectivas y narrativas de quienes la transmiten. Este carácter mutable la convierte en un campo de disputa, pues coexisten versiones, relatos y memorias individuales.

Mirar hacia atrás y repasar las dos primeras décadas del siglo XXI, desde mi posición actual, es un ejercicio que a menudo me deja perplejo. Me resulta inverosímil haber atravesado, en tan poco tiempo, un camino que partió en un colegio en Melipilla, rodeado de una cotidianidad rural, hasta los núcleos de poder más duros de Chile. Lo asombroso no es solo el ascenso, sino también la intensidad y la velocidad con que todo ocurrió. El camino, que podría parecer irreal, fue el resultado de decisiones impulsivas, oportunidades inesperadas y, en muchos casos, una voluntad obstinada. Esas vidas pasadas siguen siendo difíciles de creer, aunque las heridas me confirmen que fueron reales.

Y2K

Recuerdo con nitidez la ansiedad que envolvió al viernes 31 de diciembre de 1999.

Tenía apenas trece años y acababa de terminar el octavo básico, listo para enfrentar el primer año de enseñanza media. Mi rostro ya mostraba los inevitables signos de la adolescencia: rizos, espinillas y manchas que emergían sin piedad. En la televisión, una cadena de conductores maquillados narraba en coro cómo distintas naciones cruzaban el umbral del nuevo milenio. Se trataba del famoso “Efecto 2000”, también conocido como “Y2K” o “el error del milenio”. Según las especulaciones, cuando el reloj marcara la medianoche los sistemas informáticos colapsarían. Por ende, los computadores que fuesen incapaces de registrar el cambio de fecha dejarían de funcionar³.

Para entender esta paranoia colectiva es necesario viajar hasta los años sesenta, cuando nació la computación moderna. Entonces la memoria operativa y el almacenamiento físico eran limitados y costosos, y los programadores debieron optimizar cada bit disponible. Una de las soluciones fue almacenar las fechas utilizando solo dos dígitos para cada año: dd/mm/aa en lugar de dd/mm/aaaa. El riesgo era que, al llegar el año 2000, cada sistema lo interpretara como “01/01/00”, generando el

3. DE JAGER, P., *Managing 00: Surviving the Year 2000 Computing Crisis*. Addison-Wesley, 1997.

caos. Se predijeron las peores catástrofes: fallos en cadena en sistemas bancarios, colapsos de infraestructuras y un apocalipsis digital. La prensa chilena estaba pendiente de las noticias que llegaban desde

la Polinesia y el Oriente, con países como Nueva Zelanda, Australia y Japón siendo los primeros en enfrentar la medianoche debido a su huso horario. El mundo entero esperaba que estas naciones, con una alta penetración tecnológica, avisaran si el temido colapso ocurría. La tarde avanzó en medio de paneles televisivos donde los expertos reflexionaban sobre la creciente influencia de la tecnología en nuestras vidas. Algunos, con tono optimista, sugerían que el Y2K podría ser la oportunidad para una suerte de “reinicio espiritual” de la humanidad.

Ninguna de las calamidades anticipadas se materializó.

Tampoco pasó en mi casa de Melipilla, donde la tecnología abundaba.

No teníamos uno ni dos, sino tres computadores. En mi dormitorio, sobre un escritorio especialmente diseñado, descansaba un flamante Acer negro con un monitor curvo de catorce pulgadas, adquirido por mi padre en la Casa Royal en 1998. Conseguirlo fue una verdadera hazaña, fruto de meses de insistencia. Para mí era imperativo actualizar el viejo 386, un equipo que habíamos comprado en 1993, que ya estaba completamente obsoleto. Y es que el salto tecnológico de los noventa fue espectacular. A principios de esa década, las antiestéticas torres, con procesadores Intel 186, eran comunes en oficinas, bancos y tiendas de Melipilla. No había más de una veintena de computadores en todo el pueblito. Estos equipos operaban con MS-DOS, un sistema basado en comandos, sin gráficos ni menús amigables. Luego llegaron los procesadores 286 y 386, que mejoraron el rendimiento y permitieron ejecutar programas más avanzados. Finalmente, con el 486, la computación experimentó un progreso decisivo: el lanzamiento de Windows 3.1 introdujo una interfaz gráfica más accesible, aunque aún limitada. A mediados de la década, Microsoft presentó su revolucionario Windows 95, cambiando para siempre la experiencia de usuario, mientras Intel seguía innovando con procesadores cada vez más potentes. Por ende, mi Acer Aspire era infinitamente superior al antiguo 386. En tan solo cinco años, la tecnología informática había cambiado de manera radical. Mi computador ejecutaba Windows 95, que pronto actualicé a Windows 98. Además, su elegante carcasa negra contrastaba con las toscas torres blancas que todavía dominaban el sector. Mi Acer, en cambio, era un aparato moderno y ornamental, con el cual pude explorar ese nuevo mundo llamado Internet. En mi entorno nadie usaba Apple.

Era tecnología pituca, reservada para diseñadores o gente con mucho dinero, completamente ajena a nuestra realidad. En cambio, Windows estaba pensado para y desde la masividad, con sus programas accesibles y pirateables, algo esencial en un ecosistema donde compartir software era una práctica cotidiana.

Fue en 1998, frente a ese monitor negro, cuando descubrí el universo digital que me atrapó.

Aunque, sin duda, la joya tecnológica de nuestra casa era un Sony Vaio que adquirimos en Nueva York, en mayo de 1999. Era un *notebook*, así lo llamaban los yanquis, de tonos azulados y marrones, con pantalla plana y capacidades excepcionales. El módem de este portátil alcanzaba los 56,6 kbps, superando los 33,6 kbps del Acer. Este Vaio, guardado en su funda como un bebé, representaba la cúspide de la tecnología de nuestro hogar. De ahí el verdadero pavor que teníamos ante un colapso masivo. La televisión satelital, con sus cientos de canales extranjeros, también estaba expuesta al caos según los expertos. Para nosotros, los Garin González de la calle Serrano, era perder no solo millones de pesos invertidos en aparatos, sino además esa conexión intangible con el mundo exterior a Melipilla.

La ansiosa tarde del 31 de diciembre de 1999 sentí, por primera vez, esa íntima dependencia hacia Internet, hacia los computadores y las pantallas. En esas primeras experiencias descubrí Altavista, el buscador que me abrió las puertas a miles de sitios. Fue en esos rincones de la red donde aprendí a desarmar un ordenador, instalar y desinstalar tarjetas en la placa madre. Poco a poco comprendí el inmenso potencial que Internet ofrecía. En Nueva York, por si fuese poco, compramos una unidad grabadora de discos, que me permitió copiar centenares de programas, juegos y compactos musicales. En la web encontré una inmensa comunidad online, compuesta por usuarios de todo el Globo, que compartían las jergas, técnicas y archivos necesarios para copiar cualquier disco. A medida que estos usos se masificaron, las compañías fueron agregando mecanismos de encriptación que dificultaban la simple copia. Pese a ello, la comunidad online, integrada por miles de foros, chats y sitios especializados, no tardó en desarmarlos sin piedad. A tanto llegó esta vocación que comencé a vender cedés pirateados (así comenzaron a llamarlos), los cuales circulaban como pan caliente entre los alumnos del Colegio Marambio. Incluso venían apoderadas a nuestra casa a comprarme discos musicales, programas de todo tipo o compilados de videos del canal MTV. El producto que más se vendía eran los juegos de la empresa Electronic Arts (EA) que, por entonces,

había logrado masificar sus simuladores de fútbol, básquetbol, golf, béisbol y hockey, los cuales me permitían vender entre diez y treinta discos por semana. A un precio de cinco mil pesos por unidad, representaba un sexto del valor del original, por lo que los padres y apoderados del colegio no tardaron en pasarse el dato. Además, tenía cierta fama de computín, pues podía solucionar la mayoría de los problemas de los Windows de la época. De esta manera, la computación representaba algo más que un pasatiempo o un ingreso adolescente. Era, en el fondo, mi verdadero hábitat.

Fue en esas mismas pantallas donde di mis primeros pasos en la política.

Renato Garin González
Santiago, 2025